

El valor de la oportunidad

Segunda parte

OPORTUNIDADES CREADAS¹

El ser humano es despótico en su obediencia, fuerte en su humildad, desconfiado en su aprobación. De cualquier forma y en todo momento: rebelde, indómito. Son las consecuencias de la incesante actividad de un cerebro independiente dotado de una inteligencia superior, manantial de su libertad, privilegio que, si bien es causa de su grandeza, al tiempo le hace responsable de sus actos.

El hombre ha sido gratificado con una autonomía única, pero de difícil interpretación si se considera la tensión interior que le impone, la resistencia latente que le domina a lo largo del curso de aceptación de los hechos inevitables, de los sucesos o propiedades, de las realidades que chocan de pleno contra el irrefrenable impulso de superación que le mantiene siempre activo, luchando por alterar lo previsible. En su afán por cambiar la obediencia por el dominio, se entrega denodadamente a diseñar vías alternativas camufladas por donde encaminar los fenómenos naturales hacia los fines perseguidos por él, a sabiendas de que las leyes naturales son inalterables. Su herramienta es la sabiduría resultante de la unión de inquietud, interés y experiencia, arma sutil con el que actuar sobre los poderosos elementos de manera que, sin pretender que abandonen su propio ser, se deslicen en el sentido elegido por los devaneos humanos. El ser inteligente se ha encumbrado en un nivel desde donde se siente con fuerzas para ir más allá de la humilde espera de la oportunidad. Ha construido un nuevo horizonte para su obediencia.

¹ Ver Resumen, Abstract, Palabras clave y Key Words en la Primera parte, *La Ciudad de Dios*, 228 (2015), p. 505.

Conocer anticipadamente la llegada de las estaciones para ajustar las labranzas a las temporadas idóneas, ya no es suficiente, como tampoco lo son las diferencias entre el día y la noche para determinar los momentos propicios para trabajar o descansar. Hace mucho tiempo que la consideración de esas amplias magnitudes es insuficiente.

El calendario gregoriano, vigente en todo el mundo a efectos políticos y comerciales, abarca el año completo, dividiendo la evolución solar primero en cuatro estaciones, a continuación en doce meses, seguidamente en cincuenta y dos semanas y, finalmente, en trescientos sesenta y cinco días. Esta distribución no basta para ajustar las relaciones entre las personas y éstas con sus labores; por lo tanto, el día se divide en porciones naturales atendiendo a la luz y a la oscuridad: día y noche. A continuación se distribuye el tiempo de luz en mañana y tarde, se vuelve a dividir en madrugada, media mañana, mediodía, primera hora de la tarde y última hora de la tarde.

Estas divisiones son naturales y suceden sin la participación del hombre, su única intervención ha sido clasificarlas y darles un nombre, lo que viene a ser como apresarlas en una red invisible para adueñarse de ellas, para convertirlas en las parcelas de trabajo donde desarrolla todas sus actividades.

El conocimiento anticipado de cualquier cambio natural: año, estación, mes, día, beneficia porque ayuda a programar las actividades: científicas, económicas, comerciales, políticas, sociales, ajustándose a los ciclos conocidos por la simple observación, y por otra parte, nos informa de que llegarán inevitablemente. En definitiva, facilita la adaptación de la vida del hombre a las que son variaciones planetarias constantes, con la misión de que se pueda sacar rendimiento de las condiciones ventajosas que pueden acompañar al cambio, o para que busque protección contra los probables daños en caso contrario. Los seres vivos no pueden hacer frente a las duras inclemencias o resistirse a la agresividad del hábitat, tienen que adaptarse, para ello, el tener información anticipada supone una ventaja que ofrece razonable garantía de subsistencia.

Los seres primarios conocen la llegada de las épocas de apareamiento, de migración o la proximidad de las situaciones de peligro gracias a que sus refinados sentidos les avisan anticipadamente. El hombre no puede enorgullecerse de semejantes atributos, sus sentidos son tan rudimentarios que necesita

planificar o simplemente actuar insensiblemente. En cuanto a las catástrofes o simples peligros, sólo se entera de la proximidad cuando es demasiado tarde. Esta carencia no implica para él, sin embargo, un gran impedimento, porque sustituye la sensibilidad natural con otra facultad: una inteligencia muy superior de la que pueda poseer cualquier otra especie. No significa que esté en condiciones de lanzarse a la lucha contra los fenómenos naturales, sería inútil, tampoco que pueda modificar los cambios astronómicos, es imposible. Su actitud se mantiene en una astuta e inteligente observación de cuanto acontece, catalogando los cambios cíclicos para, aceptándolos tal como son, ordenarlos a su favor. El calendario le dice cuándo debe sembrar y el momento propicio para la siega, o el tiempo ideal para ir de vacaciones, o la coyuntura atmosférica idónea para lanzar un satélite al espacio. Con respecto al día, su comportamiento es idéntico. Tiene labores para la mañana, para la tarde y para la noche, siempre ajustándose a la implacable llegada de la siguiente etapa de la jornada.

Los distintos períodos del año, primavera, verano, otoño e invierno, tienen un significado principalmente agrícola, ganadero, para cualquier actividad que deba realizarse a la intemperie o que es dependiente de las condiciones atmosféricas, básicamente las actividades más antiguas del hombre. En la medida que la industria se ha refinado, las grandes épocas de año con sus diferentes características climáticas de frío o calor han ido perdiendo significado. El hombre urbano se desinteresa por el sol, la lluvia, el buen o mal tiempo, es esclavo de un horario.

La división horaria es totalmente artificial, es una creación humana que no ha sido causada por ningún elemento natural, no hay motivaciones cíclicas o periódicas que hayan llevado a su existencia. Simplemente nació como consecuencia del esfuerzo del hombre por coordinar sus labores. A un campesino o un pastor le interesa poco saber la hora. Podría necesitarla para volver a casa a cenar y dormir, pero la luz del día le avisa con mucha antelación del momento en que debe regresar de su trabajo. En la vida elemental los fragmentos del día son muy elásticos, la exactitud resulta simplemente absurda. Puntualidad, ¿para qué?

Los seres solitarios, quienes viven aislados, no necesitan partir las jornadas en trocitos que aprisionen su esfuerzo, no precisan cuadrricular su vida porque su trabajo no ha de coin-

cidir con el de otros trabajadores, excepto en el momento en que tienen que entregar su labor al final del mes, de la estación o del año, de donde se deduce que no es el hombre quien introdujo la distribución horaria, sino la sociedad, dicho con otras palabras: la relación de unos miembros de la comunidad con otros. La agrupación humana hizo necesaria la determinación de momentos fijos, la marca de referencias en el paso del tiempo de una jornada de la misma manera que se hacía en los caminos para saber en qué lugar estaban y a qué distancia se hallaban del destino. La distribución del día en veinticuatro horas se cree que pertenece a los antiguos Egipcios, probablemente para tener una manera de ajustar la llegada de unos con otros en un mismo punto, una partición caprichosa de la duración del tiempo que la tierra invierte en rotar sobre sí misma tomando como referencia el sol. Una repartición arbitraria que en un principio dividía el día entre doce horas para el día y doce horas para la noche, medidas por las observaciones del sol, la luna y las estrellas e indiferente a las grandes variaciones entre la duración de los días en los solsticios del invierno y de verano. Es natural, no estaban en situación de considerar que la hora debía ser al tiempo lo que las medidas de longitud al espacio, que ambos debían fraccionar uniformemente lo que medían, por ser unidades convencionales que tenían la misión de facilitar la localización de algo en un lugar preciso, del tiempo o del espacio.

En algún momento en la profundidad del tiempo, alguien debió pensar que tanta imprecisión causaba problemas y decidió ingeniar una mejor forma de distribuir la duración del día. Se necesitaba un instrumento, una herramienta, un medidor de las horas.

Los medidores del tiempo más antiguos que se han conocido fueron construidos en Egipto en torno al siglo XIV antes de Cristo. Son tan simples como infalibles en su exactitud, tanto como pueda serlo la luz del sol al provocar que un gnomon proyecte una estrecha y larga sombra sobre un plano horizontal o vertical donde se han dibujado las horas.

Aún con este primitivo ingenio no se debía esperar rigurosidad, debido a que la división del tiempo no iba más allá de las horas simples. En cuanto a fiabilidad tampoco la tenía, puesto que el funcionamiento de estos cronómetros estaba delimitado por la existencia de la luz del día, y mientras el sol alum-

brara. Los horolôgium, los relojes de sol, se colocaban en Roma en lugares públicos para información general, acompañados frecuentemente de rótulos con mensajes como aquél que comentaba el temido paso de las horas con estas palabras: *Uulnerant omnes, ultima ne cat* «Hieren todas, mata la última», mensaje trágico filosófico que demuestra la inquietud por la llegada de la muerte en el gran Imperio Romano. Así Séneca comenta: «Como a la clepsidra no la vacía la última gota de agua, sino todas las que antes han escurrido, así la última hora, en la que dejamos de existir, no causa ella sola la muerte, sino que ella sola la consuma»².

En los tiempos antiguos, la parcelación del día con exactitud no era necesaria, tampoco los nuevos relojes, como la clepsidra o el reloj de arena eran capaces de proporcionarla, además, no sólo nadie habría sabido qué hacer con ella, sino que si alguien hubiera intentado poner en práctica alguna forma de puntualidad, habría sido motivo de burla general. Sin embargo, la prolongada evolución de la historia del reloj acompañando a la sociedad siempre cambiante, llevó a comprender a la población la utilidad de acordar los momentos con mayor definición, no era igual la mañana que la tarde, pronto que tarde, al amanecer que en pleno día o al oscurecer, como tampoco era lo mismo mucho que poco tiempo. No obstante, hasta 1335 no hubo un reloj de torre que diera las campanadas avisando el paso de las horas, este reloj pionero fue instalado en Milán.

A pesar de las importantes mejoras, la división del día en horas era demasiado amplia y no respondía a las nuevas exigencias, se necesitaba un medidor del tiempo más detallado, era preciso trocear el día en porciones pequeñas con las que coordinar las diferentes tareas que constantemente aumentaban en complejidad. Había comenzado un largo proceso en el control del tiempo que terminaría en el refinamiento de los relojes mecánicos que partían las horas en minutos y segundos. A pesar de todo, las nuevas tecnologías necesitaban mayor rigurosidad y ellas mismas pudieron ofrecerla, culminando con los relojes electrónicos y los cronómetros atómicos que, además de tener una exactitud asombrosa, son capaces de dividir la hora en décimas o centésimas de segundo.

2 Séneca, *Cartas filosóficas*, Epístola 24. Ed. Planeta, Barcelona 1995, p. 118.

Muchos siglos han pasado desde que el hombre comenzó a remarcar los distintos momentos del día, haciendo con él veinticuatro porciones. Es asombroso cómo ha cambiado la forma de medir el tiempo; millones de aparatos altamente sofisticados informan permanentemente a los pobladores del planeta del momento exacto en que viven, de día, de noche, en cualquier instante. El control del tiempo es una de las maravillas contemporáneas, pero espontáneamente surge la pregunta de qué ha sucedido, cómo el hombre ha sido capaz de concebir y desarrollar algo tan, en apariencia, simple y útil a la vez.

Nada sucede súbitamente, todo tiene unos orígenes, tal vez desconocidos, debido a la falta de una información que resulta ser la más clara prueba de que el prolongado paso de los años ha podido tender un denso vaho ante lo ignorado, un fino polvo que ha borrado el rastro que comunica las causas con los efectos. El hecho de que los elementos primeros pasen desapercibidos, no cambia la posibilidad de que hayan tenido que existir, y de que los resultados conocidos sin ellos nunca se habrían producido.

En metafísica se hablaría de los primeros principios y las primeras causas, pues bien, el principio del que se partió para cualquier cálculo, ordenación o distribución fue el número, conocido primero por los babilonios, egipcios y los chinos de forma incompleta, hasta que en el siglo V y VI los matemáticos indios desarrollaron el sistema numérico tal como lo conocemos, al completar los diez dígitos con el cero.

La geometría, la física y la aritmética, los primeros esfuerzos de la antigüedad por conocer las reglas que rigen la naturaleza, el intento original de protegerse de las consecuencias de la insensible inercia natural a través del conocimiento de sus leyes, habrían sido imposibles sin el conocimiento del número. Se trata de las ciencias que en su desarrollo establecieron las bases para los hallazgos del Renacimiento, precursor a su vez del refinamiento de la Ilustración que eventualmente desembocaría en la Revolución Industrial.

El avance en el progreso y de las nuevas técnicas siempre fue ligado a la evolución del reloj. El perfeccionamiento de los cronómetros indudablemente colaboró a mantener un desarrollo industrial que cada día dependía más de la división precisa del tiempo, de acentuar la definición del instante preciso. Si en el siglo XIV se instaló el primer reloj de torre que daba las campanadas, en 1500 el cerrajero de Nuremberg Peter Henlein construyó el primer

reloj de bolsillo que funcionaba impulsado por un resorte. Poco más tarde, en 1582, Galileo realizó estudios que establecieron la ley del péndulo, sin los cuales el holandés Christiaan Huyens no habría contado con los medios para producir en 1656 relojes de mayor precisión. Más desarrollo igual a mayor necesidad de dominar el tiempo, o, probablemente mejor dicho, mayor dominio del tiempo igual a la aceleración en el progreso del desarrollo.

Cada día menos personas necesitan mirar al cielo temiendo los cambios atmosféricos, como tampoco realizan sus labores considerando las estaciones del año. Por lo general, su subsistencia ya no depende de las agresiones de los cambios naturales. No esperan temerosas saber lo que sucederá en el futuro de sus esfuerzos del pasado. Ahora, el orden logrado en el desarrollo tecnológico les permite planear, anticipar, imponer su programa valiéndose del control y perfecta distribución del tiempo. Nada sucede por aproximación. Cada dato, decisión, proyecto está firmemente definido por el año, el mes, el día y la hora.

¿En qué consiste, pues, el cambio radical de los tiempos presentes?... En las mejoras del reloj, del cronómetro. A la sabia utilización de la puntualidad, de la rigurosidad, de la precisión casi absoluta del momento en que una serie de elementos deben coincidir en un mismo lugar o situación para que suceda lo previsto.

En el presente nada sucede ni nadie vive al margen de una programación. Imagínese no tener un horario de trabajo, de citas profesionales, de reuniones de ejecutivos, de entradas y salidas de los espectáculos. En cuanto a la industria, cada departamento productivo necesita medir el tiempo de duración de las etapas, de fundido, de secado, de fermentación, de madurez, etc. La más avanzada tecnología sería imposible sin la sincronización. Sin ella, los ceros y los unos de los todopoderosos ordenadores saltarían por los aires. No hablemos de los programas espaciales. Si súbitamente todos los cronómetros del mundo se detuvieran al mismo tiempo, la anarquía invadiría el planeta causando la ruina general.

Aún hay algo en el reloj, el humilde distribuidor de las horas del día, que le convierte en el protagonista de un espectacular cambio: él es el creador de futuro. Nadie puede sustituirlo en esa labor, solamente con su ayuda es posible programar con toda certeza lo que sucederá en un momento venidero. Una cita, un acontecimiento, el desenlace de un experimento, el ini-

cio automático a larga distancia de un ingenio. Con la asistencia del calendario, el reloj es el genio que permite programar cualquier asunto para que ocurra con precisión en una hora, minuto y segundo del futuro, próximo o lejano. Es el giro histórico de los tiempos modernos. El hombre ya no se apoya en el pasado para asegurar el presente, salta desde el presente hacia el futuro para construirlo con anticipación, con lo que está en condiciones de diseñar el porvenir a su gusto y necesidades. Las nuevas tecnologías, los refinamientos a su alcance, le permiten casi garantizar lo que sucederá en un momento previsto por él, toda esta facultad utilizando un sencillo instrumento de medir el tiempo, engranado con el calendario.

La hora, el minuto y el segundo perfilan todo cuanto acontece, bien para recordarnos el pasado, para indicar el presente o para pronosticar el futuro, pero siempre puntualizando los acontecimientos, avisando infaliblemente la llegada de cada oportunidad, imponiendo su presente, del que Heidegger nos habla en estos términos: «Si debemos, empero, caracterizar el tiempo desde el presente, entendemos éste como el ahora a diferencia del ahora-ya-no del pasado y del ahora-todavía-no del futuro»³.

Aunque el futuro se presenta absorbente por acoger los proyectos de vida, no se puede olvidar que ésta se desarrolla en torno al presente, que el orden horario que repercute sobre la aceleración del progreso tecnológico nunca debe poner en peligro una vida de calidad. A Bergson le inquietan las consecuencias de tanto desarrollo: «La humanidad gime aplastada bajo el peso de los progresos que ha hecho. No tiene la suficiente conciencia de que de ella depende su propio porvenir.»⁴ No nos descuidemos, el reloj moderno tiene sus oscuros secretos, porque al igual que le concedemos el valor de ser el genuino árbitro de las oportunidades, también le acusamos de ser un tirano, un implacable dictador de la exactitud por encima de cualquier consideración sensible a las necesidades individuales, un usurpador de la libertad individual. No debemos extrañarnos, ya nos avisa Séneca: «La libertad no puede adquirirse gratuitamente. Si a ésta la aprecias mucho, todo lo demás debes apreciarlo poco.»⁵

3 Heidegger, *Tiempo y ser*. Ed. Tecnos, Madrid 2011, p. 38.

4 Bergson, *Las dos fuentes de la moral y de la religión*, IV. Ed. Porrúa, Mexico, D. F. 1997, p. 183.

5 Séneca, *Cartas filosóficas*, Epístola 104. Ed. Gredos, Madrid 2010, p. 240.

1. OCASIONALES

El hombre es un misterio para el hombre, un enigma que se agranda y profundiza ante él a medida que pretende desvelarlo. Durante miles de años, inteligencias privilegiadas han dedicado todo el esfuerzo a su conocimiento, a comprender quién es el ser humano y hasta qué punto es diferente o igual a otras especies, sobre todo, qué tiene de natural o de sobrenatural. Las respuestas nunca han sido irrefutables, no pueden serlo, porque el investigador siempre se topa con la propia naturaleza, son las limitaciones a las que Schopenhauer se refiere: «Nadie puede ver por encima de sí mismo»⁶. Consecuentemente, cualquier respuesta a preguntas trascendentales sobre el propio ser brota siempre impregnada por la facultad fabuladora mencionada por Bergson, por la creatividad indulgente que no repara en esfuerzos por acomodar las respuestas, cubriendo la, en apariencia, ineluctable verdad con una variedad infinita de soluciones que alivian la sed interior de serenidad trascendente. Es una pequeña travesura intelectual que Aristóteles reprocha: «Es uno bueno por un sólo camino; malo, por mil.»⁷

El freno a la comprensión del ser humano probablemente aceche a la vuelta de la esquina, en el mismo punto en que los esfuerzos exploradores son orientados hacia la parte más esencial de la persona, la más intangible que, por serlo, permite fabular sin fin en un cosmos de espiritualidad, llegando a conclusiones que se sopor-tan a sí mismas tan sólo por las esperanzas de que sean ciertas.

Se abandonan, no sin alguna razón, aspectos que aparentemente desempeñan una función sin trascendencia en la vida del hombre, pero que podrían servir como punto de apoyo para rasgar el telón que protege celosamente el secreto de su naturaleza real. A modo de ejemplo, podríamos mencionar algunos de carácter dramático, como la capacidad de llorar, de sollozar, de suspirar, de lamentarse, de gemir o de gritar, a sabiendas de que cualquier estudio en torno a conductas trágicas resulta atractivo y recibe una acogida favorable como consecuencia del interés humano por el drama, pero no vamos a seguir ese camino que, aunque fácil, no llevaría a ninguna conclusión de interés. Hay otros aspectos mucho más significativos, con más

6 Schopenhauer, *Arte del buen vivir*, V. Ed. Edaf, Madrid 1965, p. 196.

7 Aristóteles, *Moral, a Nicómaco*, II, VI. Ed. Espasa Calpe, Madrid 2003, p. 111.

posibilidades reveladoras, como la tendencia espontánea a bromear, a sonreír y, sobre todo, a reír.

Las conductas lamentosas se comparten con los animales inferiores, seres que, aunque sus semblantes carecen de expresividad porque no pueden hacer gestos, comunican el sufrimiento gimiendo, aullando o gritando de pena o dolor; sienten pánico y luchan, se defienden para subsistir, para huir de la muerte, pero su cara permanece impasible. Sin embargo las segundas, las que van asociadas al sentido del humor, son propias y exclusivas del hombre, el único ser que bromea, ríe y sonríe. La explicación morfológica de la risa no tiene ningún interés, conocer los músculos del rostro que se contraen para indicar el ánimo jocoso es pura anécdota. Lo interesante es el propio hecho de la risa como fenómeno, la carcajada como exponente de humanidad.

La primera observación acerca de la risa es que ningún animal irracional ríe, es una conducta propia del hombre. Esta diferencia no indica que otras especies no muestren su dentadura, sus fauces, pero en ellas esa exhibición va acompañada de actitudes agresivas y gruñidos o rugidos de advertencia, de amenaza o de aviso de ataque inmediato. El mecanismo inicial de la risa del hombre es básicamente el mismo, pero el despliegue de las piezas bucales no va acompañado de rugidos, en lugar de amenazar con truculentos sonidos que auguran la proximidad de una tragedia, lanza sonoras risotadas como demostración de buen humor y probable alegría. La risa siempre va asistida por las carcajadas, sonidos espasmódicos que surgen de la garganta humana, en nada semejantes a los gruñidos emitidos por la laringe de los animales.

Los dientes, que inicialmente son instrumentos para comer, son utilizados también como armas de ataque o defensa, tanto en animales carnívoros como herbívoros o reptiles. En el caso de las aves, su arma equivalente es el pico abierto, y el chillido estridente sustituye el gruñido. Un animal que no se siente seriamente amenazado, enseña los dientes para sugerir elocuentemente a quien se encuentra en las proximidades de su guarida la conveniencia de alejarse, pero lo más probable es que esté preparándose para defenderse o saltar sobre una presa con el propósito de convertirla en su alimento. Una persona enfadada actúa muy diferente, no enseña los dientes, frunce el ceño, aprieta la boca y probablemente grite en voz alta los motivos de su cólera, la ostentación de una buena dentadura la reserva para reírse en los momentos de diversión.

La risa pura no es sinónimo de alegría, sino de diversión, así como la alegría tampoco va siempre acompañada de la risa. La alegría se podría localizar mejor en el umbral de la felicidad, el estado de ánimo que para serlo no puede ser fugitivo, sino que debe permanecer. No obstante, las pequeñas alegrías son siempre una buena noticia, de modo que Schopenhauer recomienda: «Así, pues, debemos abrir puertas y ventanas a la alegría, siempre que se presente, porque nunca llega a destiempo»⁸.

La risa por su parte no precisa de contento, es tan sólo la expansión sonora espontánea que responde a situaciones capaces de provocarla. La manifestación jocosa no se produciría si la complejidad de la mente humana no tuviera el ingenio para elaborar un argumento gracioso, y, por otra parte, no poseyera suficiente agilidad mental para interpretar o descifrar adecuadamente la trama picaresca del relato. Es una forma de relación entre personas que desean bromear y reír, para lo que urden un diálogo que va más lejos de lo que el lenguaje habitual es capaz de comunicar.

La risa surge espontáneamente como consecuencia de un choque sorprendente de ideas, por el cruce de comentarios absurdos o por la indecisión de lo dicho entre diferentes posibilidades paralelas, como son los juegos de palabras. También pueden causar la hilaridad las escenas ridículas exageradas, o el traslado de una idea de su lugar correcto a un contexto donde suena absurda. Las palabras «graciosas» siguen el mismo proceso que el resto al llegar a la mente, inician una furiosa carrera sobrevolando los datos archivados en el intento de localizar un lugar lógico entre las ideas antiguas. Cuando la mente no lo consigue, rastrea los esquemas prefijados con la esperanza de encontrar uno sobre el que acoplar la desconcertante información. De no lograr la concordancia, y tras la breve confusión creada por la historia falta de coherencia, la idea inicia un camino diferente que conduce a la evolución de la broma, ánimo de humor que eventualmente provoca que el individuo rompa en una carcajada proporcionada al grado de sorpresa y al nivel de absurdo de la historia. Según Schopenhauer: «La risa surge con ocasión de una incorporación paradójica y por ello inesperada.»⁹

8 Schopenhauer, *Arte del buen vivir*, II. Ed. Edaf, Madrid 1965, p. 29.

9 Schopenhauer, *El mundo como voluntad y representación*, I, 13. Ed. Alianza, Madrid 2013, p. 196.

Estas evoluciones mentales sólo se pueden dar en seres dotados de una inteligencia compleja como la del hombre, que, además de otras propiedades intrínsecas, posee imaginación y creatividad, facultades imprescindibles para, además de razonar, facilitar la representación de situaciones imposibles como respuesta a datos incoherentes, único modo de remontar la limitación a que se refiere Spinoza: «No podemos entender casi nada de lo que la imaginación no forme alguna imagen a partir de un vestigio»¹⁰, características mentales muy alejadas de las que posee cualquier otro animal. El cerebro del resto de las especies es básico y extremadamente pragmático, las cosas son o no son. El programa de su vida se limita a comer, dormir y reproducirse mientras su cuerpo responde, las bromas se desenvuelven en el universo de la incertidumbre humana, aquella que, decíamos, el hombre interpreta, por imperativo de su naturaleza, como acontecimiento emocionante. Una persona ve a otra con un paraguas cuando luce el sol y se ríe. Un perro interpreta la imagen absurda como un peligro y ladra.

Existen muchas formas de risa. La risa pura, la risa sorda, la risa tranquilizadora, la risa sarcástica, la risa de complacencia, la risa hipócrita, media risa, la risa para aislar, la risa violenta, la risa nerviosa, la risa histérica, la risa burlona, la risa agresiva, la risa despectiva, la risa amenazadora, la risa irónica, la risa de desesperación, la risa de amargura...

La risa pura y directa es simple e inocente y se puede dar en una conversación o en la soledad, oyendo algún medio de comunicación o leyendo algo gracioso. Quien se ríe de esta manera lo hace abiertamente, sin hipocresía, no pretende ni dar una buena impresión ni hacer mal a nadie, se divierte sin reparos ni pudor. A lo largo del desarrollo de una broma inofensiva pueden surgir tendencias maliciosas o críticas acerca de alguien que se pretende poner en ridículo, comentarios disfrazados de humor pero que tratan de desprestigiar a la persona aludida por envidia o por rencor.

Aunque la risa pura puede ser tan sonora que ensordezca a quienes están presentes, el gesto en el rostro no varía y sigue siendo inexpresivo, limitándose a mostrar los rasgos faciales propios de la carcajada. Pero si esta risa natural se ve estimulada de

¹⁰ Spinoza, *Correspondencia*, Carta 17. Ed. Alianza, Madrid 1988, p. 159.

manera particular por condiciones de ánimo extremas causadas por la fatiga o la inercia en la diversión, una gracia inesperada puede hacer que la risa explote con furia, incrementando la sonoridad hasta el extremo que la carcajada supere la emisión natural del sonido para hundirse en un silencio escasamente roto por ligeros ruiditos entrecortados originados por los movimientos espasmódicos del diafragma. El estómago duele, la cara se congestiona y los ojos comienzan a llorar, vertiendo abundantes lágrimas por la cara, se ha producido un caso de risa sorda.

Si la risa pura precisa de unas dotes importantes de inteligencia que sólo el hombre posee, el resto, las otras formas que se pueden catalogar como impuras, requieren mayor dominio de las sutilezas porque son alimentadas por sucedáneos indirectos del sentido, el humor o, incluso, con argumentos nada graciosos.

La risa impura es una risa de acompañamiento, no se da en la soledad, necesita un destinatario del mensaje. En ella se agrupan todas las demás formas de risa para constituir en sí un auténtico lenguaje, un sutil medio de comunicar noticias, sentimientos, amenazas o para transmitir información de manera indirecta, sin palabras, para que el interlocutor sobreentienda, no que escuche lo que se le dice, sino que perciba un mensaje sintético de más largo alcance de lo que se puede expresar con palabras. Son risitas, carcajeos, risotadas, semisonrisas, runruneos que se diferencian en la manera de producirse. Normalmente, quien ríe en versión impura no lo hace a propósito de algo gracioso y su actitud no es abierta, no mira directamente a la persona con la que se está relacionando, sino de soslayo o hacia otro lado, también puede acercarse en demasía. El sonido de las carcajadas nunca es muy sonoro, el volumen no es la herramienta utilizada para dar énfasis a estas sutilezas, con ese fin se cambia de vocal. Quien pretende burlarse utiliza la (i), para mostrar guasa la (U), para ridiculizar la (e). No teniendo más vocales con las que dar énfasis a lo dicho, en el colmo de la falta de respeto por el interlocutor, o por quien sufre la burla, el gracioso puede saltar de una vocal a otra.

El hipócrita utiliza una forma semejante a la expresión natural, produciendo carcajadas sonoras y bien perfiladas, pero su semblante le traiciona, porque se nota que permanece vigilante del rostro de quien le escucha.

La risa desesperada no tiene nada que ver con el sentimiento jocoso que acompaña con más o menos franqueza a otras

versiones de risa impura, se podría decir que es una explosión de locura temporal, exteriorizada a través de risotadas voluminosas y precipitadas, forma que se halla próxima a la risa histérica, que es chillona y descompuesta por tener su origen en el desquiciamiento de los nervios.

Es preciso dejar claro que la risa impura no siempre es malintencionada o el resultado de disgustos, comprende también formas amables que se inician con una sonrisa, como es la risa tranquilizadora, que apacigua por el tono suave y lento en que se produce, o la de complacencia, que se manifiesta a través de suaves tramos sonoros separados por pausas de apacible sonrisa.

La sonrisa puede acompañar a la risa, producirse cerca de ella, pero no está a su servicio, puesto que tiene su propia identidad lejos de ser preámbulo o resumen de la hilaridad. El gesto que se le asemeja en torno a la risa es el tránsito en el movimiento de los labios hacia la carcajada.

La sonrisa es una manifestación de suave complacencia por el deleite sentido, el íntimo bienestar que Cicerón menciona de esta manera: «El deleite es el placer que seduce el alma con la dulzura que proviene de la audición y, cual es el deleite de los oídos, tal es el producido por los ojos, el tacto, los olores y los sabores, que son todos placeres de un mismo tipo, los cuales, como si de líquidos se tratara, inundan nuestra alma.»¹¹ Las percepciones de los sentidos no es lo único que provoca la sonrisa, también el hacer del pasado presente con dulces recuerdos, o hacer del futuro presente acariciando proyectos soñados. Es decir, que la sonrisa puede ser tanto objetiva como subjetiva, lo que significa que puede depender de lo que acontece en el entorno, acompañado o solitario, o la persona puede ignorar el tiempo y lugar en que se halle y sonreír a sus pensamientos al margen de todo.

Así como la risa es una exteriorización abrupta en respuesta a una situación chocante o al ingenio de quien la motiva, la sonrisa es un gesto suave, sostenido, con origen en las emociones íntimas.

Aunque ambas pueden presentarse unidas, en la mayoría de las ocasiones tienen poco que las relacione en cuanto a la pro-

11 Cicerón, *Elogio y refutación de las pasiones*. Ed. Gredos, Madrid 2011, p. 101.

pia manifestación. Sin embargo, tienen algo en común, una y otra dependen de un mínimo nivel de inteligencia, de brillantez mental, de sensibilidad para que estas manifestaciones acústicas y gestuales se conviertan en sinónimo de buen humor, lo que las cataloga como exponentes del nivel intelectual de las personas, separando a quien interpreta adecuadamente el contenido de una gracia o se recrea con una sonrisa ante algo agradable, de quien desconfía de las bromas o recela de las escenas amables. La persona aguda capta cualquier mensaje, incluso involuntario, la torpe se irrita si se ve involucrada en una broma que sólo intenta provocar la risa inocente y pura, ofendiéndose al sentirse aludida por unas palabras que en ningún momento pretendían molestarle.

A modo de experimento, se puede trazar una línea en sentido horizontal, en cuyo extremo izquierdo se coloca a los animales, especies inferiores irracionales, incapaces de esbozar una broma y carentes de todo sentido del humor, consecuentemente, sin la facultad de reír o producir sonidos que recuerden, aunque de lejos, una carcajada. En el otro extremo, en el derecho, se agrupa a los hombres, seres racionales que, además de seguir razonamientos formales, se ríen, porque están equipados con una mente ágil e imaginativa que les habilita para comunicarse fácilmente con palabras, gestos o ademanes que les ayudan a captar de forma espontánea y con rapidez las escenas, palabras o situaciones que les parecen graciosas, que son capaces de interpretar segundas intenciones, que perciben las sutilezas de la ironía, las burlas o la picardía de unas palabras aparentemente pronunciadas con distracción.

La gran distancia entre ambos materializa la diferencia intelectual que les separa. Sin embargo, el hacer dos bloques definidos encadena a sus miembros a permanecer en un extremo tal vez incorrecto o injusto. Así sucede y pronto algunos animales se desprenden del grupo izquierdo para avanzar hacia la derecha, rechazando la aparente igualdad se desplazan en mayor o menor medida hacia lo humano. Se podría mencionar como ejemplo a los cetáceos, a los primates o a los perros, seres que destacan por su inteligencia y que aunque no ríen, sus caras o gestos corporales parecen esbozar sonrisas. La distancia ha comenzado a disminuir desde la izquierda, pero no en solitario, porque desde la derecha algunos seres humanos se descuelgan también del conjunto al no resistir el nivel de agudeza mental de su género, la agilidad especulativa imprescindible para captar la gracia de las

observaciones burlonas, de entender los chistes, de tomar a guasa las indirectas sin enfadarse, de no mostrar incertidumbre sobre el momento en que se deben reír o enfadar.

Obviamente, la distancia entre unos y otros permanece considerable, aunque disminuida. Lo importante es que el experimento ha funcionado al demostrar que el humor es una propiedad de la inteligencia y, por lo tanto, un atributo de la humanidad.

Lo que resta por saber es si la inteligencia dio lugar al nacimiento del sentido del humor, o si el sentido del humor provocó el crecimiento de la inteligencia. Otra incógnita se refiere al desconocimiento de si el rostro humano, su musculatura, poseía la capacidad de gesticular en función de los distintos estados de ánimo: triste, alegre, apesadumbrado, optimista, pesimista, jocundo, divertido o acongojado, antes de que el cerebro sintiera la necesidad de mostrar físicamente tantos matices, o fue la inteligencia humana la que forzó a construir esa expresividad facial para exteriorizar sus emociones. No se puede saber, pero, con toda probabilidad comenzaron al unísono, cuando a un individuo se le ocurrió enseñar los dientes y gruñir como respuesta pacífica a la falsa amenaza con que otro congénere le amenazaba, compañero que enfatizaba el falso peligro con el despliegue de su temible dentadura. De ser así, el nuevo hábito habría marcado el punto de progreso mental en que se empezaron a concebir las peleas engañosas, las actividades lúdicas, el juego como práctica infructuosa pero divertida. Sería el tiempo en que la especie había conseguido alcanzar un estrato de sensibilidad desconocida hasta el momento, una nueva percepción del entorno que desembocó en el acontecimiento más importante de la historia, el surgimiento del *homo sapiens*.

Aún en los tiempos presentes las mayores diversiones están relacionadas con la violencia. Por ejemplo, las falsas peleas de los juegos amorosos, cuando el hombre levanta en vilo a la mujer, amenazando con lanzarla al vacío, o la persigue en actitud de hacerle daño. Tanto una como el otro no pararán de chillar y reír, de jactarse tanto correr y vocear. En lo referente al humor en general, nada parece gracioso si no va acompañado de alguna tragedia. Como prueba, véanse los divertidos videos que se proyectan en los medios de comunicación, en los que inevitablemente alguien sufre algún daño, porque se cae, porque rompe algo frágil, o porque es golpeado de forma ridícula por otra persona. De igual manera sucede con las bromas y los chistes, siempre hay alguien que sufre el ridículo por ser inocente o el daño por ser tonto.

La belleza, las caricias y las historias amables no son para reír, sino para sonreír, para deleitarse en la contemplación o para dejar que la imaginación se recree en los ensueños, en las fantasías que inundan la sensibilidad humana. La misma sensibilidad que avisa del momento correcto en que se debe intervenir para causar la risa, la intuición que impulsa a pronunciar las palabras justas en el momento oportuno, la perspicacia que detecta las sutilezas de unas palabras cargadas de sentido o percibe el ánimo adecuado para cambiar radicalmente el rumbo de la conversación hacia algo absurdo y desconcertante. También puede que lo ingenioso sea simplemente callar cuando se espera una afirmación o una negación, pronunciarse con un silencio expresivo que arranque carcajadas, la clave está en la oportunidad. Probablemente nada sea tan dependiente de la precisión del momento como lo es la chispa que acompaña al sentido del humor, la gracia en las palabras que dispara la risa de los contortulios irreprimiblemente.

La carcajada es el aplauso al ingenio de quien habla o actúa, el reconocimiento a su agudeza y el agradecimiento por el buen momento de diversión, de alegría temporal, aceptación franca que produce un gran placer al protagonista del ambiente festivo, una satisfacción que no está exenta del peligro de la vanidad, del orgullo de haber alcanzado el éxito en tan difícil empresa. De ser así, la vanagloria puede invadirle, empujándole a continuar con el juego. ¡Pero alerta! Hay que vigilar la evolución del humor para saber el momento en que se debe interrumpir la farsa, porque de abusar en los recursos de la diversión, el ánimo puede derrumbarse con riesgo de estropear las agradables sensaciones, provocando una metamorfosis que lleve las mismas palabras del chistoso a otro contexto en el que pueden resultar desacertadas, incluso convertirse en una «metedura de pata», oída con desprecio, enfado o, incluso, con ira, ese sentimiento amargo que Cicerón describe de la siguiente forma: «La ira es el deseo de castigar a quien nos parece que nos ha perjudicado injustamente».¹²

2. EXPRESIVAS

La capacidad de comunicar de la risa es delicada y sutil, un lenguaje universal que desprecia las barreras culturales en su

¹² Cicerón, *Elogio y refutación de las pasiones*. Ed. Gredos, Madrid 2011, p. 101.

tarea de propagar impresiones y sentimientos. No es ésta, no obstante, la única lengua que alcanza directamente la sensibilidad de los destinatarios sin necesitar razonamiento alguno. Hay otra, no natural como pueda ser la carcajada, más un convencionalismo social, pero de importancia avalada por la antigüedad de sus orígenes.

El aplauso es un idioma sin gramática, sin ortografía o sintaxis, es un modo de comunicar opiniones de aprobación o rechazo, de alegría o tristeza, felicitación o condena. Las citas bíblicas demuestran su antigüedad, mientras que su versatilidad es evidente al ser utilizada en todo tipo de acontecimientos, como los producidos en el Imperio Romano en los momentos de su declive e inminente caída, cuando en el siglo VII el emperador Heraclius proyectaba una reunión con el rey bárbaro y, a falta de un ejército poderoso para intimidar a su rival, decidió contratar un importante contingente de hombres con que aumentar sus legiones, no con la absurda pretensión de que se lanzaran a la lucha contra un enemigo muy superior, sino para que aplaudieran frenéticamente. El emperador tenía la remota esperanza de que el estruendo provocado por los estallidos de las numerosas palmas impresionara al rey bárbaro. No consiguió su propósito, pero su intento pasó a la posteridad.

Tal como ha sido expuesto, el que esta tremebunda ovación fuera utilizada como arma disuasoria por el emperador para mitigar la superioridad del enemigo, nos ofrece un buen ejemplo de las variadas misiones que se pueden encomendar al aplauso, ese lenguaje monótono que con frecuencia se utiliza para felicitar por una buena labor.

Es monótono hasta que quien aplaude aporta giros y matices que enriquecen su vocabulario. No es lo mismo hacer hueco con las palmas que aplanarlas, con la mano completa que los dedos de una mano contra el centro de la otra, en un ritmo más rápido que lento, constante que sincopado, con silencios uniformes que variables combinando cortos con largos, producidos por un gentío de forma anárquica que acompasados y lentos por una muchedumbre que sigue el ritmo de la música o pretende asustar. Son formas diversas para enviar comunicados diferentes que adquieren su pleno significado sólo cuando se producen en el momento y ocasión justos, lo que nos lleva a resumir que el contenido de este lenguaje no es propio de él; él no dice nada a solas, se limita a matizar: bueno, malo, excelente, malísimo...

los ovacionadores simplemente juzgan la puesta en escena de que son testigos.

El aplauso remarca la opinión que se ha formado acerca de aquello que provoca las palmadas. Si se trata de una gracia, quien aplaude felicita al gracioso, pero si el espectáculo a que se asiste es deplorable, el sonido de las palmas cambia de ritmo para no dejar lugar a duda de lo grotesco del acontecimiento. Unas palabras dichas con acierto merecen una rápida y calurosa ovación, unas manifestaciones torpes provocan los reproches rubricados por mezquinos chasquidos que denotan disgusto e invitan al orador a retirarse de la escena. En lo referente al entusiasmo con que se premia o castiga acústicamente, éste se revela por la aceleración de los golpes y la intensidad del volumen producido, sobre todo, por la duración, el tiempo en que la audiencia o el individuo permanecen aplaudiendo.

Este lenguaje se manifiesta de manera controlada y voluntaria, nadie aplaude de forma arbitraria e inconsciente, sin saber cuándo, cómo y por qué, si alguien lo hiciera se le tomaría por loco. También es cierto que, al igual que la risa, es contagioso, de manera que este impulso franco puede ser manipulado por partes interesadas, arrastrando a multitudes carentes de opinión hacia una felicitación o condena que no ha sido concebida o comprendida personalmente, lo que lleva al error que Descartes pretende evitar: «Mientras contenga mi voluntad dentro de los límites de mi conocimiento, sin hacer juicio más que de las cosas que el entendimiento le representa clara y distintamente, no puede suceder que me engañe».¹³ De hecho las multitudes se dejan engañar con frecuencia al festejar o abuchear, ocasionando con su actitud juicios indebidos y perjudiciales para quien los recibe, lo que convierte las sutilezas de estos lenguajes, la risa y el aplauso, en pruebas de personalidad, de inteligencia o de agilidad mental para quien ríe o aplaude.

El peligro latente inevitable de esta expresión de tableteo palmar es que pertenece a los grupos sociales. Los conjuntos humanos necesitan una forma de expresión propia e inequívoca, porque el elevado número de miembros de que están compuestos impide la comunicación directa con quien los recibe. El

13 Descartes, *Meditaciones metafísicas*, Meditación cuarta. Ed. Alianza, Madrid 2011, p.111.

aprovechamiento de los gestos de agrado o disgusto en los rostros de los asistentes resultaría inútil porque la distancia vela sus rasgos que, por otra parte, suelen ser anónimos. El trato personal no precisa de tales demostraciones, las escasas veces que las palmas se baten entre individuos se hace forzadamente, con ademanes teatrales, puesto que los gestos y las muecas de los rostros observados desde la proximidad, indican claramente el ánimo, los sentimientos o la opinión de los interlocutores sin necesidad de acentos mímicos.

3. CONTROLADAS

En los tiempos presentes, la era de la intromisión humana en cualquier aspecto natural, las oportunidades naturales son rara y difícilmente puras o se encuentran libres de alguna participación del hombre: se cambian las fechas del calendario, se alteran las jornadas de trabajo entre la noche y el día, se desplazan las horas según conveniencia, se aprisionan las aguas recluyéndolas en pantanos, se construyen canales que domestican los cursos fluviales para asegurar el aprovechamiento intemporal del agua, se produce calor para evitar el frío y frío para combatir el calor, etc. Todo tipo de alteración es practicada con los fenómenos y episodios naturales para modificar sus ciclos espontáneos o las épocas de abundancia o escasez, de bienestar y de malestar.

En cambio, las oportunidades provocadas, al ser creadas y desarrolladas enteramente por y para el ser humano, son siempre impuras, ya que son el fruto de sus artimañas cada día más lejanas de lo natural, aunque no de forma absoluta, puesto que las técnicas dominantes del hombre, las que emplea para proporcionar ocasiones favorables, dirigen siempre sus dardos a los puntos sensibles de la propia naturaleza humana, a sus debilidades, a los impulsos instintivos, irracionales: el egoísmo, la vanidad, la glotonería, el sexo, la violencia... Las oportunidades provocadas son, por lo tanto, la consecuencia de la manipulación de la irracionalidad natural del ser racional, extremo que las convierte en parcialmente puras.

No es de extrañar que el hombre pretenda ordenar los acontecimientos para garantizarse la subsistencia y la comodidad. Asegura la supervivencia alterando el hábitat y protegiéndose de los elementos en la medida de sus recursos, pero la comodidad y el lujo necesitan otro procedimiento muy diferente, más delicado, una

estrategia enmascarada, lejana, indirecta que rodea el trato directo con los fines, una táctica que, por otra parte, absorbe una fracción importante de los esfuerzos inicialmente destinados a la lucha contra las dificultades planteadas por el mundo natural. El objetivo de tanto denuedo es el avance de un complejo sistema en el que se pretende que los miembros de la sociedad actúen de acuerdo con lo que se desea de ellos, partiendo del conocimiento de que todos comparten las mismas emociones, sensibilidades, aficiones, debilidades, tendencias biológicas, necesidades...

En este sentido, la sociedad se ha ordenado creando un intrincado sistema en el que cada individuo se ocupa en trabajar en algo que pueda ser interesante o necesario para los demás, en ofrecer un producto por el que otros estén dispuestos a entregar una porción del esfuerzo realizado en el propio quehacer, nos referimos a la compensación que previamente ha sido sintetizada y comprimida en monedas como pago por su trabajo, el dinero que puede ser utilizado indiscriminadamente dentro de la trama del orden mercantil, la llamada energía económica de la que nos habla Galbraith en estos términos: «La moneda es un instrumento de cambio... un patrón de valor... dado que se puede atesorar, es también una reserva de valor».¹⁴

Sería deseable que existiera un rico mercado en torno a las propensiones intelectuales del ciudadano moderno, que el hombre tuviera sed de mejorar para superarse a sí mismo en el sentido de hacerse grande interiormente, pero la práctica demuestra que las tendencias del consumo avanzan justamente en el sentido contrario. El único medio de alcanzar las metas económicas es a través del estudio de las inclinaciones naturales, las más básicas, las elementales. El éxito está garantizado mientras las campañas sean ordenadas en torno a ese conocimiento. Una vez más escuchamos a Galbraith: «El condicionamiento del consumidor se ha convertido en una de las artes más perfeccionadas de nuestro tiempo»,¹⁵ lo que dejan al descubierto esas perfeccionadas artes no es muy elogioso para el hombre.

El control de las masas es tan completo que los mecanismos de promoción penetran en las mentes sin dificultad. El resultado es que logran instalar en el consumidor un ritmo pe-

14 J. K. Galbraith, *Introducción a la economía*, 6. Ed. Crítica, Barcelona 1981, p. 117.

15 J. K. Galbraith, *Introducción a la economía*, 10. Ed. Crítica, Barcelona 1981, p. 227.

riódico de consumo que reclama las novedades, los contrastes, aunque ello pueda conducirles inexorablemente a dificultades económicas. El mayor disgusto de las multitudes sería la noticia de la desaparición de las modas, que la ropa fuera siempre igual, que los diseños se repitieran incesantemente. La belleza no se puede describir pero, desde luego, en estos tiempos, nadie la entendería como el atributo de un producto que permanece invariable. Se ama la diferencia, la novedad, la sorpresa, el impacto de lo desconocido. Goethe entendía muy bien esta necesidad de la naturaleza humana: «El hombre puede soportar cualquier cosa excepto la sucesión de días ordinarios». El ser humano apetece cambios como resultado de las ansias naturales de evolución, las mismas que le guían hacia el progreso.

La trama es urdida con sabiduría por los medios de comunicación y los espectáculos empleando estrategias subliminales. Nada de lo que se ve o se oye es casual, siempre hay alguien que paga un precio por que un producto de venta o una cara se muestren unos segundos en una pantalla, o que unas palabras sean dichas con apariencia de casuales. Los ídolos de las multitudes lo son como consecuencia de los artificios de los profesionales, equipos que realizan el trabajo de introducir imágenes, de ensalzar personalidades. Grandes sumas son invertidas en la creación de estrellas, por supuesto, siempre midiendo las consecuencias, centrando la atención en un reducido número de candidatos, actores, actrices o personajes con posibilidad de ser aceptados. Es fundamental encumbrar a pocos en el podium de la gloria para que la atención general se centre en ellos sin interferencias, el amontonamiento de caracteres famosos disuelve la atención del público causando la indiferencia.

4. TRASCENDENTALES

«El cielo de la fama no es muy grande, y cuantos más en él entren, a menos toca cada uno de ellos».¹⁶ Si esta sentencia de Unamuno se refiriera tan sólo al paraíso de la popularidad, no tendría sentido un estudio en profundidad, pero el caso es que, tras esas simples palabras, se esconde un mensaje que trasciende la interpretación directa, porque llevan la clave para la comprensión de un proceder humano de dimensiones sorprendentes.

¹⁶ Unamuno, Obras Completas. *Del sentimiento trágico de la vida*, III. Ed. Escelicer, Madrid 1966, p. 141.

El cielo que Unamuno menciona no es real, sino metafórico. La utilización del vocablo no tiene otra misión que impactar en la conciencia del lector, avisándole de la existencia de una larga lista de territorios de gloria. De cualquier forma, para empezar es oportuno seguir sus indicaciones desde la interpretación simple.

Al mencionar la palabra cielo entiéndase que está refiriéndose al lugar más excelso, reservado para aquellas personalidades superiores, preeminentes, hegemónicas, supremas, divinas en la consideración humana, espacio sublime que, por otra parte, no parece adecuado para que la humilde, terrenal y vulgar fama se albergue.

Admitiendo que la fama tenga su propio cielo, no es que éste sea limitado en tamaño y que en el momento del reparto de gloria se deba distribuir en proporción inversa al número de los inquilinos: más alto número de famosos menos porción de popularidad. La fama, la buena fama, como cualquier otro reconocimiento social ensalzador no es algo material que se pueda cuantificar, dividir, hacer porciones. No es un bien que se concede al famoso para que lo posea como dueño permanente, para que lo guarde de la misma forma que lo podría hacer con un trofeo deportivo, sino un reconocimiento popular de la excelencia en su hacer, un gesto público de plena admiración generalizado hacia quien reúne los requisitos para ser famoso. Así pues, no se trata de un valor material alcanzado en un cielo restringido por quienes son capaces de encumbrarse lo suficiente, a espaldas de las opiniones y del mundo, justo al contrario, la fama consiste en el homenaje vivo y palpitante de los admiradores, dirigido a quien lo merece y por tanto tiempo como sea digno de ella. Con ella sucede lo mismo que con el honor, que se consigue y se mantiene con gran esfuerzo, pero se pierde en un solo instante de flaqueza.

Estas reflexiones precipitan los razonamientos. Si la fama no es propiedad de quien es famoso, sino que es una entrega emocional surgida en la mente de quien participa en el elogio multitudinario, a la manera de una permanente ovación silenciosa que ha de mantenerse viva, resulta que para que exista, el deseo del candidato a recibir los codiciados laureles no cuenta para nada, tiene que limitarse a esperar que la invisible nube de su encanto se convierta en mágico hechizo que embriague a las multitudes, transportándolas a un sueño de adoración que define el primer nivel de apasionamiento popular.

Con esta conclusión, hay que olvidar la idea del reparto de que se hablaba en este primer nivel de apasionamiento público por una personalidad, para fijar la atención en la luz profunda que alumbra otros muchos aspectos misteriosos del reconocimiento popular.

Desde este punto, se estudiará qué motivó a Unamuno para mencionar la escasez de fama a repartir, pero cambiando los términos por la incapacidad humana de reconocer y homenajear por sus méritos simultáneamente a un elevado número de personas.

Es fácil darse cuenta que la mente del admirador es acaparada por la ola de gloria que envuelve al famoso, cautivándolo con una emoción que supera el merecimiento para transformarse en un acto de fe. En buena medida se venera o adora, se idolatra al famoso, pasiones estas que una persona no puede distribuir entre un número significativo de posibles merecedores sin que se debiliten. El ser humano no tiene capacidad para entregarse emocional y plenamente a más de un reconocido, al menos no con la misma intensidad.

Podríamos llamar a esta propiedad humana: *tendencia a la unicidad*, característica que lleva a las personas que se encuentran ante diversas opciones apasionantes a elegir siempre una sola, nunca resultan adeptas a varias por buenas que sean, aunque su atractivo sea semejante. Nadie es partidario de dos equipos de fútbol al mismo tiempo y con el mismo entusiasmo, tampoco, aun reconociendo las facultades extraordinarias de muchos, reparte su pasión por varios jugadores, siempre hay un favorito por quien acalorarse en una discusión. Evidentemente, si sólo hubiera un cantante, un actor o actriz, un jugador, un equipo, la atención general tendría que depositarse en aquel único personaje que representara las excelencias de una especialidad a solas, lo que le convertiría en un dios de las multitudes. El argumento de Unamuno es justo al contrario, que, de existir multitud de merecedores de gloria, los admiradores se dispersan racimándose en torno a diferentes personalidades según preferencias, olvidando al debilitado resto.

En una democracia, el escenario político siempre está formado por numerosos partidos, pero indefectiblemente se inclina hacia el bipartidismo. En el principio de la misma democracia, cuando la opinión no ha tenido tiempo para definirse, los votos se diseminan irregularmente por muchos partidos, pero con el avance de las legislaturas, la tendencia a la unicidad fuer-

za a las opiniones para que se decanten hasta convertirse en seguidores incondicionales de uno de los dos partidos más representativos, con un ardor que puede llevar al enfrentamiento personal y violento con quien apoya al partido «rival». La alternativa en el poder que, a juicio de los verdaderos demócratas, resulta saludable para la vida política, en ningún momento es contemplada por los partidarios de cada bando que habitualmente se aferran a sus planteamientos sin la menor flexibilidad a considerar otras opciones. Los partidarios de cada partido lo son para siempre, calurosamente, rayando con un fanatismo que desprecia sistemáticamente el aviso de Nietzsche: «La verdad nunca se colgó del brazo de un incondicional»¹⁷.

La entrega a un símbolo del idealismo político está relacionada con lo calificado como primer nivel de apasionamiento popular, pero constituye un segundo nivel, más profundo, más instintivo, porque tiene una permanencia que en nada está relacionada con la ligereza de las ovaciones a un ídolo de multitudes que mañana puede no serlo. Quien forma parte de este segundo nivel de reconocimiento apasionado, con la mayor probabilidad lo hará mientras no surjan graves motivos a lo largo de los años, pero, aún así, una vez decidida su tendencia puede durar el resto de la vida.

La tendencia a la unicidad que provoca no sólo el apoyo resuelto e incondicional a un ídolo, a un equipo de fútbol, o a un partido político, sino la lucha frenética por su defensa, tiene una sencilla pero sorprendente explicación: el instinto de tribu que fuerza a las personas a reunirse en torno a una figura carismática o a una agrupación que les resulta más atractiva. El ser humano necesita un líder a quien seguir, pero uno rodeado de partidarios que confirmen su correcta elección. De otro modo, sin seguidores no hay tribu, nadie aclama a un ídolo de la soledad, ovaciona un equipo de fútbol sin entusiastas incondicionales, o apoya a un partido político sin abundantes partidarios que ofrezcan expectativas razonables de que puede estar representado en el juego democrático. Paradójicamente, el hombre que hace gala de sus decisiones independientes suele asociarse a las multitudes que apoyan a un símbolo, un representante, un jefe o unas instituciones siempre que no lo tenga

17 Nietzsche, *Así habló Zaratustra*, 1, De las moscas del mercado. Ed. Sarpe, Madrid 1983, p.71.

que hacer a solas. Es la tendencia al amontonamiento de la masa única formada por innumerables miembros.

Cuanto más llegan al cielo de la fama a menos tocan, dice Unamuno, lo que explica por qué una vez alcanzada la gloria en la tierra, cada habitante del mundanal edén invariablemente conspira en lo posible para eliminar a los vecinos del codiciado lugar, barriéndolos fuera del escenario para así tocar a más. El ideal sería apartar a todos, de esa manera la gloria pertenecería exclusivamente al vencedor, al más fuerte, con lo que su tribu sería más poderosa. Hay que apoyar con fuerza al propio líder, con vehemencia y agresividad, porque es el líder elegido y porque es el soporte en torno al cual se apiña la tribu. Si el favorito es derrotado, la tribu que le apoya perecería con él, con el consiguiente daño psicológico para los adeptos.

Los dos niveles comentados se refieren al seguimiento de ídolos de la canción del cine, de equipos de fútbol o asociaciones públicas como los partidos políticos. Todos ellos tienen en común la necesidad de un importante grado de fe, de creencia en el valor elevado de aquello que aman por encima de consideraciones y circunstancias.

La tendencia a la unicidad surge en todos los campos de la cultura humana, como sucede en la geografía, cuando se considera que toda la tierra seca estuvo unida en una sola formación: Pangea, continente único que al dividirse dio lugar a todos los continentes actuales. En la astronomía el «Big Bang» es la explosión de una masa cósmica de proporciones inimaginables para el ser humano, que los especialistas consideran el origen único del Universo. El propio ser humano no se libra de tener un origen común y único partiendo de Adán y Eva, según la Biblia, o con el resto de la fauna, según la teoría de la evolución.

Manuel ESTEBAN LAMAS

Licenciado en B.A. / Filósofo